

La costa-sierra nahua michoacana, entre el oleaje del mar, la agricultura, el turismo y el narcotráfico

Hilario Topete Lara

Escuela Nacional de Antropología e Historia
del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

E-mail: topetelarah@yahoo.com.

Resumen: En el occidente de México hay un paraíso atrapado entre la montaña y el mar, conocido como la Costa-sierra nahua en el Estado de Michoacán. La región, habitada por nahuahablantes y mestizos descendientes de nahuas, tiene una historia común que nos habla de una intervención permanente de la sociedad mestiza; su pasado es un pasado de invasiones, imposiciones y abandonos. Hoy día, la población libra una lucha contra los estragos del deterioro ecológico marítimo, contra la producción de cultivos ilegales y el narcotráfico y los efectos del turismo. Este artículo realiza un recorrido general por la historia de los problemas de los hablantes de nahua en la región de referencia.

Palabras claves: Costa-sierra Michoacana, narcotráfico, turismo, deterioro ecológico, nahuas.

Abstract: In western Mexico there is a paradise trapped between the mountains and the sea. It is known as the Coast-sierra Nahua in the State of Michoacan. The region, inhabited by speakers of Nahua and mestizo descendants of Nahua have a common history; his story narrates a permanent intervention by mestizo society; his past is a past of invasions, enforcement and abandonment. Today, the population is waging a struggle against the ravages of maritime ecological deterioration, the production of illegal crops and the effects of tourism. This article provides a general overview of the history of Nahua speakers' problems at Coast-sierra in the state of Michoacan.

Keywords: Coast- sierra Michoacana, drug trafficking, tourism, ecological deterioration, nahuas.

Entre la montaña y el mar

Algunas comunidades indígenas nahuas¹ viven dentro de uno de los municipios más altamente marginados del Estado de Michoacán², Aquila, aprisionadas a su vez entre los campos agrícolas de los mestizos de la Tierra Caliente Michoacana, los polos turísticos y comerciales de Tecomán y Manzanillo, Colima; y, en la Costa-sur, el municipio, puerto, centro siderúrgico y cabecera municipal de Lázaro Cárdenas con su área turística de Playa Azul. Haré referencia, sólo a tres comunidades indígenas: El Coire, Pómaro y Ostula, cuya historia compartida, su lengua, su

¹Por Comunidad Indígena (así, con mayúsculas), entiendo a la persona moral cuya personalidad legal ha sido reconocida por una resolución presidencial (ejecutada o no) que le ampara superficies en propiedad comunal. Refiere, por lo tanto, no a contenidos socio antropológicos de identidad, nacionalidad u otros que nos aproximarían a la categoría antropológica de "comunidad", sino a una categorización estrictamente jurídica.

²La región de la Costa-sierra nahua del Estado de Michoacán de Ocampo es una franja atrapada entre la Sierra Madre del Sur que cruza del noroeste al sureste la Entidad Federativa, y el océano pacífico. Aunque la etnorregión nahua se distribuye principalmente entre los municipios de Aquila y Chinicuila; la Comunidad Indígena (léase la cita No. 2) de Huitzontla (Chinicuila) y la de Aquila no poseen superficie en la franja costera, por ello, en la Costa-sierra se engloban principalmente las comunidades de El Coire, Pómaro y Ostula. A ellas refiere el presente documento.

religiosidad, su forma de tenencia y propiedad de la tierra, sus acuerdos verbales y escritos, su forma de aprovechar recursos, su cosmovisión a caballo entre la montaña y la costa, las conforman como región.

La casi virginidad del entorno, las politonalidades azuláceas del Océano Pacífico, los cambios cromáticos de coloración vegetal característicos de los periodos estacionales de estiaje y de lluvias, proporcionan al visitante un contrastante y llamativo entorno visual. Es un extraño paraíso sin cadenas hoteleras; donde tímidamente se asoma la internet satelital, y los teléfonos celulares son un aditamento casi inútil en la etnorregión; el tiempo se mide con el sol, la luna, los ciclos estacionales, las fiestas religiosas, las campanadas de la capilla local, las llamadas a clase en la escuela primaria (si la hay), los altavoces que emiten mensajes de todo tipo y música dedicada a cumpleaños.

Poco sabíamos de ellos,³ aunque en los años felipecalderonistas (2006-2012) pasaron a un primer plano porque en su territorio fue donde se aplicó inicialmente el operativo anti-narcotráfico del panista moreliano; por supuesto, aún siguen en la pasarela gracias a Los Caballeros Templarios, La Familia Michoacana y, entre otros, los escándalos que vinculan a La Tuta con un edil del municipio de Aquila. Fuera de eso, la región se conocía más por el *hostes* que ofrece cerveza barata, que solía no cobrar el campamento en la playa a cambio de consumo de alimentos y bebidas, y muy tolerante al olor de la marihuana que él mismo o alguno de sus vecinos –podía proveer; que se ufanaba por sus playas casi vírgenes y solitarias con arenas que se ennegrecen gradualmente por las fogatas del visitante que fueron agregándoles residuos de carbón; que habla un buen español con el visitante y en la intimidad usa la lengua materna, el nahua, si no la ha perdido. Un *hostes* del que escasamente se sabe que siembra maíz, frijol, chile, calabaza, jamaica y guajes, o –no todos ellos- *cannabis indica*; que recolecta, caza, pesca y hospeda; que elabora artesanías en barro, textiles en telares de cintura; que teje fibras de maguey para hacer hilos de *ita* (pita)⁴ o cordeles, y remienda redes en el exterior de su casa con techo de palmera a dos aguas y paredes de cueramo y/o *pajarete*;⁵ que conoce y utiliza sus nichos ecológicos de manera más o menos sustentable;⁶ que conserva una cosmovisión en jirones entre los que se asoma, en fragmentos, una cultura centenaria,⁷ y que ha aprendido a tolerar el turismo nudista que se refugia en sus playas.

³Recientemente se publicó un libro de John Gledhill (2004) en el que se ofrece una etnohistoria centrada en la propiedad comunal de la tierra y la lucha por ella, frente a la amenaza de invasiones por los mestizos fronterizos, así como de la forma en que se ha luchado por darse orden, gobierno y fiestas religiosas pese al relativo aislamiento en que se ha mantenido.

⁴Los hilos más finos obtenidos de las pencas del maguey, a los que los nahuas de la costa-sierra michoacana llaman *ita* y en el resto de México se le conoce como pita (ixtle), son utilizados para bordar sobre cinturones y/o hebillas de cuero de vaca formando figuras decorativas.

⁵Bajareque. Construcción de origen mesoamericano que se realiza entretejiendo, a manera de trama y urdimbre, maderos de soporte dispuestos en forma vertical y palos flexibles entretejidos horizontalmente. Las paredes que cubren el espacio para dormir se recubre con lodo o arcilla, no así las de la cocina.

⁶Aunque se intenta ocultar al visitante, la explotación descontrolada de los desovamientos de las tortugas golfina y negrita, ha puesto en peligro la población de las especies que, se recuerda, hace medio siglo se agolpaban unas sobre otras para depositar huevos y así ellas mismas expulsaban los de otras que les antecedieron en la nidada. Asimismo, se sabe que se cobran iguanas a la menor oportunidad pese a que se conoce se encuentran en peligro de extinción y su caza es ilegal; y, entre otras “no tan buenas prácticas”, se extrae langosta en periodos de veda.

⁷A guisa de ejemplo, el mar es un elemento femenino, y los pescadores le llaman María. Al respecto, hay diversos relatos que coinciden con el hecho de que las mujeres no deben subir a una embarcación de pesca y menos aun cuando están menstruando. Adicionalmente, en El Coire, por ejemplo, las procesiones se realizan en sentido levógiro, y las danzas en su coreografía revelan movimientos de siembra o realizan figuras vinculadas con el cosmos.

Seguramente, si sabemos algo de ellos, pocos nos hemos preguntado acerca de esos rostros morenos, de piel chocolatosa, curtida por la sal y por el sol, por esos ojitos infantiles en forma de grano de cacao y pies “a raíz”, o enchancados, que sólo calzan huarache o zapato en días de fiesta, que van por allí, dejando huella en la arena cuando se dirigen a las lanchas, para visitar a la familia, para servir a los turistas. A pocos –de los que hemos tenido contacto con ellos- nos habrá llamado la atención que ese ramadero de la playa es, étnicamente, el mismo de montaña arriba, que tiene allá una fracción de su familia extensa que vive de la caza, la pesca, la recolección y de una agricultura cuyos frutos son destinados en su mayor proporción al autoconsumo, y que a veces ha tenido que saltar por encima de su miedo a la ilegalidad, y siembra algunas “matitas” (de *cannabis indica*) o se contrata como “burrero”⁸ para sobrevivir.⁹

El proceso

Los vínculos de la zona con el exterior, datan de tiempos prehispánicos y continuaron a lo largo de la colonia. Al menos una bahía, Maruata, excelente proveedora de perlas y mariscos a los señoríos de Tierra Caliente, el Guayangareo prehispánico y posiblemente hacia el señorío tolteca, fue utilizada –durante la colonia- como fondeadero de embarcaciones de escaso calado que hacían la ruta de la Nao China, muchas de ellas contrabandistas que eludían las aduanas de Manzanillo (al norte) y Zacatula (al sur) (Sánchez, 2001). Dada la importancia que revistió para el intercambio legal e ilegal de mercancías y para la agroganadería colonial esta zona, resulta incomprensible el relativo abandono en el que los historiadores han mantenido a la etnorregión porque, además, localidades como Guayangareo, Tzintzuntzan, Pátzcuaro y Valladolid dependían de las salinas de Maquilí (hoy población mestiza, en la periferia de la etnorregión nahua), porque de allí se extraían maderas preciosas y oro de superficie cuya cuantiosidad nos es referida en las relaciones de motines (Motín del Oro se encuentra en la región); adicionalmente, como dicen los ancianos de la etno-región, por allí, ni la Reforma, ni la Revolución Mexicana, ni “La Cristiandad”, pasaron.

En un relativo aislamiento, el contacto con el exterior, que estaba poblado de mestizos, era, hasta mediados del siglo pasado, sólo para conseguir hachas, machetes, coas, barretas, azúcar, aguardiente, queroseno (cuando se sustituyó el aceite de cayaco¹⁰ para iluminar); a cambio, entregaban pequeñas porciones de maíz, frijol, pieles de animales, pescado, algodón, etcétera. La relativa proximidad de los asentamientos mestizos con sus proyectos de expansión con fines ganaderos, y de explotación minera principalmente, fueron algunos de los temas de conflicto entre esta etnia y los nahuas fuertemente ligados a prácticas de tenencia comunal de la tierra. Esto fue una constante que, desde la colonia, hasta nuestros días aparece con intermitencia.

A mediados del siglo XX, la franja costera era aún zona de caza, de recolección, de captura de *moyos*¹¹ cuando la primera lluvia intensa; y algunas fracciones del terreno eran plantaciones de cayaco casi abandonadas. Los nahuas preferían vivir en la parte serrana donde trabajaban la tierra

⁸ Se llama así al que, usando caminos “de a pie”, por la montaña, conduce recuas cargadas de marihuana a los sitios intermedios (Tecomán, Colima...) donde se concentra para su distribución nacional e internacional.

⁹ Como ocurre a nivel nacional, otra alternativa a su exigua economía es la migración, cuyos destinos primordiales son Tecomán Colima (el principal centro de abastecimiento de insumos para la pesca y el comercio de productos básicos: ropa, calzado, alimentos industrializados, herramientas y otros), Zamora Michoacán, Guadalajara Jalisco y diversos sitios en los Estados Unidos. La migración internacional es realizada, la mayor parte de las veces, mediante mecanismos ilegales.

¹⁰ Coco de aceite.

¹¹ Cangrejo Moro.

sin barbecho en la mayor parte de las parcelas. El mar era, valga la expresión, *terra ignota* y la forma de vivir con él, de aprovecharlo, estaba muy lejos de su cosmovisión, totalmente agrícola, que dependía más de la fortaleza y las seguridades que proporcionan el sol y la tierra que de las beleidosidades de la luna y el mar. Pero un día llegaron los copreros y otros mestizos desde Colima, donde otrora se procesaba el cayaco para obtener el aceite esencial con el cual se producían jabones, y donde se transformaba el aceite de coco en bases para bronceadores y otros productos de belleza... y el paisaje empezó a teñirse con cocoteros y amontonamientos de desechos de coco. La venta al exterior aumentó de manera considerable el flujo circulante en la etno-región y, con ello, llegaron nuevas necesidades cuya satisfacción se realizaba en el mercado regional en que se convirtió Tecomán, Colima, a desdén incluso de la propia cabecera municipal, Aquila. El encanto duró poco porque los derivados del petróleo sustituyeron al aceite de coco. Las palmeras, borrachas de sol, murieron de abandono, de tedio o fueron derribadas para sembrar nuevamente maíz, frijol, chile, tomate. Pero el intercambio comercial había hecho abandonar los viejos caminos de arriería y, a la par se había abierto la brecha primero, y la carretera después, que comunicaría a Manzanillo con la Ciudad Lázaro Cárdenas, para formar el filón de asfalto que es la Costera Nacional no. 200. Con la carretera llegó lo que consideraban, de acuerdo con su memoria, un nuevo peligro, los mestizos, y no es que no lo fueran antaño: Ya lo eran porque desde dos centurias atrás los propios indígenas habían permitido la llegada e instalación de algunos “de fuera”, procedentes del Estado de Guerrero, campesinos sin tierra que obtuvieron permiso para asentarse y acceder a un terreno donde vivir y donde sembrar. Los indígenas, sobre todo los de la superficie más extensa, Pómaro, accedieron a las solicitudes y los enviaron como resguardo a las zonas de frontera, en la Sierra.

Pero los recién llegados, además de contener las invasiones de los mestizos del sur de la Tierra Caliente, a cada oportunidad, principiaron a arrebatar terreno a los nahuas (“el remedio salió más caro que la enfermedad”) y a proveerse de títulos de propiedad (apócrifos muchos de ellos) y a construir la legitimidad de su posesión y de su pretendida propiedad; el conflicto aún persiste. A mediados del siglo XX, con la llegada de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, los indígenas, ahora más dependientes del circulante y ante la merma de ingresos por la copra y el cayaco, encontraron una fuente de trabajo en la construcción de la carretera y enfrentaron un fenómeno curioso: el asentamiento irregular de algunos mestizos que, habiendo llegado con la empresa constructora estatal, y ante el aparente baldío y abandono de los terrenos, empezaron a instalarse en las proximidades de la cinta asfáltica, en las proximidades del mar. Algunos se quedaron para siempre, otros fueron expulsados por los indígenas y, para evitar nuevos asentamientos en la franja costera, los indígenas iniciaron una lenta pero interminable colonización de la costa. Dedicados a la agricultura, a la recolección de frutos, de tubérculos, de huevo de tortuga, a la caza (a la que se incorporó la de tortuga) y escasamente a la pesca (con hilo y anzuelo, exclusivamente), bien pronto fueron estimulados por los extranjeros y el turismo; orientales, coreanos y japoneses que, desde el exterior reclamaron intensivamente dos recursos que abundaban en la franja de playa: carne de tortuga que fue explotada incluso con la anuencia, complacencia y asesoría de biólogos que veían en el exceso de tortuga una amenaza para sí misma porque, en la competencia por depositar huevos, desenterraban los de otras. Empezaron las primeras “podas” de las tortugas negritas y golfina, cuya carne era enviada en aviones que aterrizaraban en una pista construida *ex profeso* la venta al exterior. Los lugareños recuerdan la “peste” que había en la playa por los desechos que se depositaban en la escasa franja de playa que tiene la zona. La carne era llevada a Lázaro Cárdenas y a Uruapan; hacia allá también se llevaban toneladas de huevos de tortuga. Por supuesto, Tecomán, tiraba en el sentido contrario para obtener pescado obtenido artesanalmente y huevo de tortuga. El mito de la virilidad fortalecida mediante

la ingesta de huevo de tortuga estaba reforzándose, a la vez que empezaba a atentar contra la especie.

Pero la carretera también trajo dos entes alienígenos: El aventurero y el turista, extranjeros, sobre todo norteamericanos, que buscaban playas vírgenes, refugios naturales, paisajes silvestres, alimentos baratos y estancias accesibles. Estos personajes empezaron a hospedarse por temporadas cortas y, algunos de ellos optaron por regresar cíclicamente con nuevos acompañantes. Comenzaron a albergarse en las casas de palma, *pajarete* y madera, a estacionar sus *campers*, a solicitar alimentos y bebidas; fueron los que inicialmente sugirieron que, aquellos asentados en las playas bien podían vender, servir en los tiempos libres que dejaba el tiempo de cosecha, siembra y escarda... y algunos de ellos aceptaron. Se habían convertido en *hostes* de tiempo parcial. Su manera de entender la relación con los demás empezó a dar un giro de ciento ochenta grados: la hospitalidad, a la que estaban ancestralmente acostumbrados, gradualmente dio paso a la venta del servicio hacia los de fuera y, por el contrario, a practicar una economía solidaria con el resto de los nahuas. La diversificación de actividades era un hecho: agricultura, caza, recolección, pesca (artesanal) y turismo empezaron a coexistir, no sin generar cambios importantes en su propia forma de relacionarse, verse, sentirse, y de ver, sentir y relacionarse con los otros.

Pero el asunto no había terminado allí porque, llegó la penúltima de las grandes presiones que vinieron desde fuera, para imponer el ritmo de vida a las localidades playeras de la costa nahua: la presión de los enclaves turísticos y el proyecto cooperativo.

En los años setenta del siglo XX estaban desarrollándose dos polos turísticos en los extremos norte y sur de la franja costera: Manzanillo y Playa Azul y éste, fuertemente ligado a Lázaro Cárdenas, cuya siderúrgica y puerto comercial atrajeron grandes núcleos de población, turistas, empresarios, comerciantes, prestadores de servicios, constructores, etcétera; Manzanillo, por su parte, con el desarrollo del emporio Las Hadas, empezó a competir fuertemente con Lázaro Cárdenas por el abastecimiento de productos del mar y otros insumos. En efecto, las demandas de estos dos desarrollos ciudadanos estaban girando hacia los cocoteros y cítricos, frutas tropicales, mayores cantidades y variedades de pescado, moluscos, crustáceos, ostiones, ostras diversas y, al acabar con algunos de ellos hasta su casi extensión por la contaminación y la hiperexplotación, empezaron a ejercer presión sobre la parte más débil de la cuerda. Justo en medio de ellos estaba la costa nahua. Pero la producción hacia los setenta estaba sufriendo un giro dramático: la disminución de la tortuga, la imposición de vedas y la pesca artesanal, de ribera, acarrearón otra época de vacas flacas para los indígenas costeños.

Justo en esa década, al empuje de Luis Echeverría Álvarez para los proyectos cooperativistas, llegaron las propuestas de hacer menos artesanal la pesca. Nada había de buenas intenciones porque hacer de los indígenas, pescadores sobre embarcaciones con motores fuera de borda de 40 a 80 caballos de fuerza, implicaba lanzarlos al mar, un “terreno” escasamente dominado por ellos, todo para apoyar la industria sin chimeneas. En este sexenio llegaron las lanchas, los motores fuera de borda y los técnicos que les enseñaron a producir chinchorros y a lanzarlos; a construir palangres y desplegarlas, a sortear olas, a bucear con lámpara y gancho para obtener langosta y pulpo, a usar la compresora, a reparar equipos, a aprovechar la aleta de tiburón y tirar el resto, a conservar las especies canalizándolas mediante cooperativas que, a su vez, enviaban los productos hacia Lázaro Cárdenas y Manzanillo.

El giro laboral había cambiado pero no el carácter de la inserción: Así como antaño la copra, la carne de tortuga, el huevo de la misma, los frutos, etc., se vendían a bajo precio, ahora la langosta, el huevo fuera de veda y aún dentro de ella, retando a la ley, el pulpo, el huachinango, el ostión, el gorrito,¹² se tenían que entregar, en su mayor parte, y por cuotas proporcionales, a una cooperativa que acaparaba, que canalizaba hacia los centros turísticos, que formaba fondos para adquisición de lanchas de fibra de vidrio, motores, amortizaba créditos y era fuente de discordia por el manejo de los fondos dentro de ella, a la vez que limitaba la oportunidad de entrar de manera libre al mercado legal del tráfico de productos y, por ello, posibilitaba el mercado negro, de contrabando, antirreglamentario de los mismos.

La época de bonanza duró poco. La escasez, en menos de dos décadas mostró un rostro de playas libres de tiburón, especie que los pescadores se jactan de haber erradicado, para bien del turismo. La tortuga ha tenido que ser sometida a programas de protección para especies en extinción, al igual que las maderas preciosas y la iguana. La langosta, el huachinango, el pulpo y otras especies marinas han escaseado considerablemente. El turismo, que parecía ser una promesa, fue tomando el rostro del mochilero y del “artesángano”,¹³ justo el que menos divisas derrama en la zona costera. Los de fuera vinieron, propusieron, impulsaron proyectos, “embarcaron” a los indígenas, los utilizaron y los abandonaron nuevamente, aunque Lázaro Cárdenas y Manzanillo, siguieron tirando de la cuerda.

En esta crítica situación un buen día llegó una oferta difícil de rechazar: sembrar unas plantitas de yerba. El dilema era sencillo para muchos de ellos: sobrevivir al filo de la precariedad o mejorar en la ilegalidad. Algunos mestizos y nahuas aceptaron la oferta irresistible de duplicar sus ingresos cambiando el tipo de cultivo... y hasta hoy. Para muestra, un botón:

1. Un campesino “A”, durante el 2007 sembró una hectárea de maíz, este año las lluvias llegaron a tiempo, en buena cantidad, y se obtuvo una buena cosecha. El campesino cosechó 3 toneladas de maíz, para un ingreso de 9 mil pesos por 6 meses de trabajo.
2. El campesino “B” decidió sembrar marihuana, un cuarto de hectárea de temporal. Al término, vendió cada kilogramo en 350 pesos (el más bajo al que se vende) pero obtuvo más 45 mil pesos por el mismo tiempo, aunque 2007 no fue un buen año. Fue el año del operativo calderonista que frenó la producción vía intimidación del ejército que no ha dejado de hacerse presente en la región.

En plena globalización, cuando el narcotráfico ha mostrado no haberse quedado a la saga y se planetiza con innumerables e innovadas técnicas y tecnologías, sin embargo, al igual que los centros de presión y depredación aún presentes, también se ha montado en las formas tradicionales de producción, en las formas tradicionales de tenencia de la tierra, en los conocimientos locales para transportar con menor riesgo la marihuana hasta Tecomán, Colima, desde donde se distribuirá a las principales ciudades de Estados Unidos y México. Por supuesto, también ha concitado a un cultivo que, otrora, sin monopolios, era sujeto a una demanda de narcotraficantes libres, no corporativizados, no monopolistas, lo que había dejado al productor en condiciones de establecer precios al producto. Pero un buen día este paraíso también se terminó: Los Zetas desplazaron a la

¹² Lapa.

¹³Auto denominación sarcástica con la que se refieren a sí mismos los jóvenes que van de playa en playa elaborando y vendiendo collares, pulseras, pendientes hechos con conchas, chaquira, piedras, hilos metálicos y otros productos.

competencia e impusieron precios de monopolio para la compra, estableciendo precios escasamente rentables, pero aún mejores que los que se ofrecen por el maíz.

Primero los españoles, luego los criollos y mestizos que exigieron cayacos, copra, tortugas, huevos, luego Manzanillo y Lázaro Cárdenas; después se sumaron los turistas. Ahora los Zetas, los Caballeros Templarios y La Familia Michoacana.

En plena agitación por la guerra contra el narcocultivo y el narcotráfico, a través de las redes clientelares del extinto Instituto Nacional Indigenista (INI) que fueron heredados a la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) y a la Secretaría de Desarrollo Social, los programas de Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL) y más tarde las políticas asistencialistas del Instituto Nacional de Solidaridad, se emprendió el programa de expansión del turismo en algunos sitios de afluencia masiva, como La Ticla y Maruata. La intención era garantizar la sustentabilidad mediante un manejo ecológico de residuos y el desarrollo comunitario. En realidad, quienes accedieron a los financiamientos fueron los clientes de las instituciones gubernamentales y algunos visionarios que aprovecharon la oportunidad. Las envidias, reclamos, engaños, conflictos intralocales aparecieron en escena y los beneficiados fueron unos pocos. Nuevamente, los pescadores y agricultores quedarán a expensas de las necesidades de los nuevos desarrollos, con lo que se ejerce mayor presión al medio ambiente y crecen las diferencias socioeconómicas día a día por las derramas que implican el narcotráfico y el turismo en el interior. Ahora, ¿qué otro tipo de presión es la que viene después? Seguramente este relato no ha llegado a su fin pero por un lado es un primer intento de mirar a las ciudades lejos de las grandes urbes, ciudades al fin, pero en su ejercicio de captación energética a costa del entorno urbano, descansando parte de su supervivencia y su expansión a costa de las localidades rurales y, como hemos tratado de evidenciar, de las localidades indígenas; por otro, es un intento por alejarse de la idea de que los problemas en localidades indígenas vienen siempre de fuera, y dentro no hay dinámicas agresoras contra las propias relaciones económicas, sociales, políticas e ideológico-religiosas.

Bibliografía

Figuroa Serrano, David, (2015), *Litorales de la memoria. Percepción del territorio y las relaciones interétnicas en Pómaro*, Michoacán, Zamora, El Colegio de Michoacán.

Gledhill. John, (2004), *Cultura y desafío en Ostula. Cuatro siglos de autonomía indígena en la Costa-sierra nahua de Mochoacán*, Zamora. El Colegio de México.

Marín Guardado, Gustavo, (2007), *Vidas a contramarea, pesca artesanal, desarrollo y cultura en la Costa de Michoacán*, México, CIESAS-El Colegio de Michoacán.

Monzoy, Sandra, (2000), *Nahuas de la costa-sierra de Michoacán*. México, CDI.

Reinberg, Niko, (2007), Coire. *Retos y memorias*, Viena, Edición autoral.

Sánchez Díaz, Gerardo, (2001), *La costa de Michoacán, economía y sociedad en el siglo XVI*, Morelia, UMSNH-IIH-Morevallado Editores.